

CARTHAGINENSIA

Revista de Estudios e Investigación
Instituto Teológico de Murcia O.F.M.
Universidad de Murcia

Volumen XVI
Enero-Junio 2000
Número 29

SUMARIO

ESTUDIOS

Francisco Marín Heredia <i>El Salmo 40 y la Ley</i>	1-14
Jürgen Moltmann <i>Niño e infancia como metáforas de la esperanza y de la fe</i>	15-28
Francisco Martínez Fresneda <i>Crear y pensar con los Padres. Boletín de Patrística</i>	29-81
Cesáreo Gutiérrez Espada <i>Luces y sombras del Tribunal Penal Internacional. (Roma 1998)</i>	83-137
José García Oro-María José Portela Silva <i>El obispo fray Bernardo de Fresneda y la Reforma tridentina en la Iglesia de Córdoba</i>	139-181

NOTAS Y COMENTARIOS

Tadeo Matura <i>El diálogo de amor fundamento de una espiritualidad ecuménica</i>	183-192
Miguel Ángel Escribano Arráez <i>El derecho patrimonial en las provincias franciscanas de España. El Fondo Común: la administración del siglo XXI</i>	193-210
Pedro Ruiz Verdú <i>“Dios Padre envió al mundo a su Hijo”. XXXV Simposio de Teología Trinitaria. (Salamanca, 18-20/10/99)</i>	211-215
Francisca Moya <i>La “Homelia in laude Ecclesiae” de Leandro de Sevilla. Estudio y valoración</i>	217-220
BIBLIOGRAFÍA	221-244
LIBROS RECIBIDOS	245-248

EL DIÁLOGO DE AMOR FUNDAMENTO DE UNA ESPIRITUALIDAD ECUMÉNICA

TADEO MATURA

La palabra “diálogo” está hoy de moda. Se habla de diálogo entre los individuos, entre los grupos humanos, desde el diálogo entre los esposos hasta el diálogo entre el Sur y el Norte, entre los creyentes y no creyentes, entre las Iglesias separadas donde se quiere practicar el diálogo de amor y el diálogo teológico. Existe también una filosofía del diálogo, del cual, Martín Buber, pensador judío, ha sido uno de los representantes más notables. La palabra -la realidad, esperamos- ocupan, pues, un lugar importante en el mundo contemporáneo.

En esta contribución me propongo abordar cuatro puntos:

1. Qué es el diálogo.
2. El diálogo como exigencia del amor cristiano.
3. La práctica de este amor en el diálogo ecuménico.
4. El diálogo ecuménico desde la perspectiva franciscana.

1. *Qué es el diálogo*

“El diálogo auténtico -hablado o silencioso, poco importa - existe cuando cada uno de los interlocutores piensa realmente en el otro o en los otros, en su vida presente y su modo de ser y se vuelve hacia ellos con la intención de instituir una vital relación entre él y ellos” (M. Buber, *La vie en dialogue*, 125).

El diálogo es, pues, esencialmente la actitud mutua de apertura y acogida con respecto al otro. El otro, persona viviente, está ahí delante de mí, en toda su realidad -materia y espíritu- concreta, dinámica, existiendo sin cesar, diferente de mí, de difícil acceso y por tanto llena de atractivo. Pero, si yo le apercibo como un polo misterioso de mi propia existencia, si le dejo un lugar en mí, entonces yo me abro a él, le acojo, entro en situación de diálogo. Esto quiere decir que acepto, que aplaudo la realidad que él es o que

busca llegar a ser. Con eso, le permito existir, hacerse, afirmarse en su originalidad. Mi respeto por él, el consentimiento admirativo que concedo “*a su vida de presencia y a su forma de ser*”, le valoran, le permiten abrirse, construirse en su línea propia. Mi actitud de acogida es como la atmósfera luminosa y llena de calor que le permite a una planta germinar y crecer. En definitiva, ella no es otra cosa que el amor. Acojo al otro en su alteridad misma, porque él se me presenta como un valor único, digno de mi estima, de mi reverencia, de mi alabanza; aún más, digna de existir por ella misma

Así el diálogo es un movimiento de apertura y de acogida antes de querer ser uno mismo acogido. Por el diálogo permito a mi interlocutor ofrecerse, darse, y yo lo recibo. Pero esto no significa que mi actitud sólo aproveche al otro. En verdad, en el momento en que me libero y me suavizo para acoger la valía de mi interlocutor, yo ya no soy el mismo. Yo también, por este movimiento de disponibilidad, de apertura, llego a ser otro. Algo en mí ha sido modificado, ha ocurrido; el otro ha entrado en mí, yo he salido de mi soledad, la capacidad que hay en mí de comunión, de relación por fin se ha desplegado. Aún más, por el encuentro con el otro, por el descubrimiento del misterio de la persona única e inefable, yo entro en cuestión. El otro y su devenir me conciernen, me interrogan, me ponen en desafío. En adelante, estoy obligado a definirme de nuevo, a resituarme, a rehacer los lazos que me unen a los hombres y al mundo. La entrada en mi casa de este extranjero

ha modificado la situación en la cual yo me había establecido.

Además, y la misma palabra lo dice, el diálogo exige la reciprocidad, sin la cual no existe. Lo que yo he hecho con respecto al otro, este otro debe hacerlo por mí. Si yo le permito existir, llegar a ser, si yo soy para él el afecto, el sol y el terreno donde él crece y se desarrolla, él lo es también para mí. Yo me abro y acojo, pero, a mi vez, soy escuchado, comprendido, acogido. Me siento reconocido, aceptado; el otro me ha dado el derecho a la existencia consintiendo en ello en el amor. “*Toda vida verdadera es reencuentro*” (M. Buber) y el diálogo no es otra cosa que el reencuentro de dos existencias que se entregan y se aceptan mutuamente; cada una de ellas aceptando al otro, diciéndole “*Tú*”, deviene ella misma y puede decir en perfecta realidad “*Yo*”.

2. El diálogo y el amor cristiano

Tales son la realidad y la riqueza del diálogo cristiano. Lo hemos visto; el empleo de la palabra “diálogo”, la reflexión sobre su contenido y la insistencia en su valor y lugar en la vida del hombre, son un hecho más bien reciente. Mas la realidad del diálogo tal como acabamos de esbozar, ¿es una novedad para el cristiano? Ciertamente no se encuentra la palabra “diálogo” en el Nuevo Testamento, ni tampoco la descripción de una actitud particular que equivaliese exactamente a lo que nosotros designamos por esta expresión. Mas basta con reflexionar un

tanto sobre la noción bíblica del amor y sobre sus exigencias, para constatar que el diálogo, en el sentido de apertura y acogida, está en el corazón mismo del mensaje evangélico. El Evangelio no es, en efecto, otra cosa que el gozoso anuncio de la buena nueva, a saber: que Dios nos ha acogido en Jesucristo y que desde entonces nosotros debemos acogernos los unos a los otros (Rom 15, 7).

Toda la existencia cristiana se funda sobre esta única y manifiesta certeza: Dios es amor, él nos ha amado el primero (1Jn 4,16). Los cristianos pueden llevar con justo título casi como un nombre propio, la denominación “*los amados de Dios*” (1Tes 1,4). Y no solamente los creyentes, los fieles. Dios ama a todos los hombres, Él quiere la salvación de todos (1Tes 2,4), aun la de aquellos que se le oponen, que son injustos o malvados (Rom 5,6-8). Sobre todos los hombres sale el sol y cae la lluvia (Mt 5,45). Si su Hijo ha venido al mundo es para llamar al arrepentimiento a los pecadores y para curar a los enfermos (Mt 9,12-13). Dios ha amado tanto al mundo -es decir al conjunto de la creación y especialmente al hombre- que por él ha entregado a la muerte a su Hijo único (Jn 3,16). Ninguno expresará mejor el carácter absolutamente inaudito, gratuito y desinteresado de este amor, que el apóstol Pablo en su carta a los Romanos (Rm 5,6-11). El amor de Dios es primero, él se dirige hacia los hombres que no solamente no tienen nada particularmente atractivo, no agradable, sino que le son abiertamente hostiles. “Siendo noso-

tros pecadores, impíos, sin fuerza para el bien, Cristo murió por nosotros” (Rom 5,8).

En pocas líneas se nos ha descrito el absoluto de la acogida divina. El amor de Dios por los hombres, manifestado en la muerte a la cual ha entregado a su Hijo como Abraham entregó a Isaac, -hay aquí un misterio al que uno no se atreve apenas a acercarse- se nos manifiesta como una actitud *a priori*. El hombre es amado por él mismo, por su simple existencia, antes que algún bien sea descubierto en él. Hay en Dios una especie de simpatía previa a todo (la carta a Tito hablará de “filantropía”, inclinación de amistad con respecto a los hombres: Tit 3,4), una apertura, una acogida que no busca en el hombre un valor, sino que lo crea. Dios nos ama el primero, lo que quiere decir que al principio mismo de la relación que establece entre nosotros y Él, está, anterior a todo mérito o bien procedente del hombre, el amor que nos acoge y valoriza. Este don es la base misma de la fe cristiana. Ser cristiano quiere decir precisamente creer en este amor (1Jn 4,16), fundar sobre él su existencia, sentirse envuelto, enraizado en él (Ef 3,18).

Mas esta conciencia de ser amado de Dios y saber que es así para con todos los hombres, crea en el cristiano la capacidad y la exigencia de amor: “Amémonos, escribirá san Juan, porque Él nos ha amado primero” (1Jn 4,19). Y Pablo: “Caminemos en el amor como Cristo nos ha amado”(Ef 5,2). Estas recomendaciones apostólicas son un eco de las palabras mismas del Señor declarando que en el corazón

de todas las exigencias de la vida cristiana está el doble mandamiento del amor. Es necesario amar a Dios y al prójimo, y el segundo mandamiento es semejante al primero, en el mismo plano que él (Mt 22,37-39). En este mandamiento único, pero con dos miradas, todo se unifica, todo se reduce (Mt 22,40; Rm 13,8-10). Aquel que ama a su prójimo cumple todas las exigencias morales de la antigua como de la nueva Alianza (Rm 13,8).

Si el amor de Dios consiste en primer lugar en la acogida, en la aceptación del hombre tal cual es, el amor que el hombre debe llevar a su prójimo será de la misma naturaleza. Nosotros también debemos acogernos unos a otros como Cristo nos ha acogido (Rm 15,7). Basta con examinar algunos textos del Nuevo Testamento sobre el amor al prójimo, para constatar que este amor es primero una apertura del corazón, una actitud que valora al otro, que le concede de entrada un lugar en sí mismo.

El Samaritano que nos es propuesto como tipo mismo de prójimo (Lc 10,29-37) es aquel que tiene piedad -y de una manera eficaz- de un hombre que él no conoce, que es su enemigo (Jn 4,9), simplemente porque éste es un hombre y se encuentra en necesidad. Todo hombre es, por tanto, mi prójimo y, por este simple hecho, objeto posible de mi amor. Y porque tal es el valor del hombre, cuando es diferente de mí hasta el punto mismo de ser para mí enemigo, yo debo continuar amándole a ejemplo de Dios (Mt 5,45)). Debo saber reconciliarme con él (Mt 5,23-24), perdonarle siempre

(Mt 18,21-22), renovarme, dicho de otro modo, en mi capacidad de acogida. Hay que resaltar hasta qué punto el Señor insiste sobre este aspecto particular y difícil de la acogida como son el perdón, el apoyo y el amor a los enemigos. Por éstos, en efecto, se manifiestan de la manera más segura la pureza y el desinterés del amor, es decir, la apertura gratuita del corazón.

Las recomendaciones sobre el amor fraternal que se encuentran en las cartas de Pablo van en la misma dirección. Cada vez que se trata de las relaciones en el interior de la comunidad, el apóstol vuelve a hablar de las virtudes de acogida y del aguante mutuo. Tener el mismo amor, una sola alma, un solo sentimiento, estimar a los otros superiores a sí mismo, no buscar su propio interés sino pensar en el de los otros (Flp 2,2-4), exige en efecto de cada uno el deber de abrirse, de estar atento al otro, a hacerle un lugar en sí mismo, a reconocer su valor, a respetar su elección. Igualmente la recomendación: "Revestíos de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia; soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente" (Col 3,12-13; Ef 4,32), supone en cada uno una misericordiosa anchura de corazón, imposible sin una profunda simpatía hacia todo hombre. Y esta simpatía universal, a renovar sin cesar, sólo es posible en aquel en quien el Espíritu Santo ha manifestado el amor de Dios derramándolo en su corazón (Rom 5,5). Ella no es en el fondo otra cosa que el amor cristiano, este *ágape* que continúa, en el corazón del hombre, el movimiento de amor gratuito

salido del interior mismo de Dios y vuelto hacia el mundo.

A estos textos conviene añadir otros dos que hablan de un caso bastante cercano a aquello que nosotros llamamos la situación económica. Se trata de la actitud que los cristianos de Corinto y de Roma deben adoptar hacia los hermanos de la comunidad que sobre algunos puntos prácticos no tenían ni las mismas opiniones ni la misma conducta. En los dos casos se trata de problemas “disciplinarios” (*¿se puede comer de la carne que ha sido ofrecida a los ídolos?* 1 Cor 8,10; *¿se deben observar ciertas prescripciones sobre alimentos y rituales judíos?* Rom 14,15), más que de introducir una concepción religiosa. Ante los hermanos que piensan de otra manera y con aquel que tiene motivos para no estar de acuerdo, ¿qué actitud es conveniente tener? El apóstol responde sin dudar que es necesario respetarle, que sería grave no tener en cuenta sus convicciones o juzgarle. Mi libertad debe aceptar estar limitada por la suya. Brevemente, aquí también la acogida debe ir hasta tolerar paciente y respetuosamente al otro, y precisamente porque es diferente.

Al término de este rápido examen de las enseñanzas del Nuevo Testamento sobre el amor al prójimo, podemos responder a la cuestión planteada más arriba, a saber: si hay una actitud cristiana propuesta en la Biblia a la que se pueda llamar diálogo. La respuesta positiva no ofrece duda. El amor cristiano, que es el centro mismo de las exigencias evangélicas y en cierto sentido la sola exigencia, es, en cuanto

imagen misma del amor de Dios, una apertura al otro para acogerlo “en su vida de presencia y su modo de ser” (M. Buber). En el origen del amor al prójimo, un amor que debe ser activo y práctico (Mt 25,31-46; 1 Jn 3, 17), hay una voluntad de reconocer al otro como un valor, de permitirle existir en su línea propia, de gozarse en ello. Benevolencia, tierna compasión, humildad, paciencia, tolerancia y perdón no quieren significar otra cosa.

3. El amor y el diálogo ecuménico

El diálogo ecuménico es el ejercicio, en una situación particular, de la exigencia cristiana del amor al prójimo. Se trata del amor a mi hermano, de un hermano que ha acogido, por la fe y el bautismo, a Jesucristo que nos revela al Padre. Pero este hermano, al mismo tiempo que me está profundamente unido no solamente como todo hombre, sino en su ser mismo de cristiano, está también separado, cortado de mí y de mi Iglesia. En su compromiso más sagrado, el más vital, él es para mí no solamente diferente, sino opuesto. Y este no es un individuo aislado que deba yo acoger, sino un miembro de una comunidad, que existe y vive en él como él en ella. En efecto, el diálogo ecuménico, aunque de hecho se realiza entre individuos, compromete a las comunidades entre las cuales éstos viven. No se trata, pues, solamente de una acogida hecha a una persona, sino que a través de esta persona la hacemos a todo el mundo que la rodea y hace de ella lo que ella es.

Este mundo es la Comunidad o la Iglesia de la que el otro forma parte. Y esta Comunidad, de la cual mi hermano es para mí la manifestación concreta, el signo y el testimonio viviente, me es al mismo tiempo cercana, puesto que ella confiesa a Cristo y extrae su vida de él, y también lejana, puesto que yo soy, yo también, miembro de una Iglesia, en desacuerdo y ruptura con la suya. Tal es la situación de arranque del diálogo ecuménico.

Nuestras conclusiones sobre la naturaleza del diálogo y sus fundamentos evangélicos, es necesario aplicarlas ahora a esta situación ecuménica. El cristiano debe amar a todos los hombres, abrirse a cada uno de ellos, acogerlos con reverencia, permitirles ser ellos mismos por esta acogida que les reconoce y lo acepta. Estas exigencias ¿son válidas en el caso de encuentro entre los cristianos divididos? Aceptar al otro, estar de acuerdo en lo que él es, ¿no significa caer en el indiferentismo y el falso irenismo para quien todo es igual? ¿No es conveniente saber señalar nuestro desacuerdo y nuestra oposición? Es conveniente responder a estas objeciones. Mas para esto es necesario esbozar, en la línea de todo lo que precede, el proceso del diálogo ecuménico.

Antes de nada, es necesario señalar el carácter en cierto modo personal que debe asumir un tal diálogo. Porque en definitiva son hombres concretos, y no ideas o sistemas, los que dialogan. La confrontación de sistemas en sí mismos no es un diálogo en el sentido que nosotros lo hemos definido. El diálogo es siempre un encuentro interpersonal

con un interlocutor humano, naturalmente con todo lo que él es y todo lo que el representa en su medio vital, que en el caso que nos ocupa, es la fe de la comunidad eclesial a la cual pertenece.

Mi actitud fundamental en relación con este hermano cristiano con el cual quiero entrar en diálogo será una *voluntad de apertura y acogida*. Estoy ante él no primeramente para hablarle, para hacerle bien, para informarle o instruirle. Yo me abro, estoy atento, le hago un lugar, quiero reconocerlo en su originalidad. Lo que como persona es en su compromiso religioso, lo que representa o quiere representar de la comunidad de la cual es miembro, éste es para mí el primer valor, por encima de todo. Este hermano es para mí un misterio, en cuanto hombre y en cuanto cristiano. Como quiero entrar en el conocimiento de este misterio, me preparo para ello, me dispongo por el olvido de mí mismo y de mis intereses para no pensar sino en el otro.

Porque se trata para mí de *conocer* al otro. Conocer, es decir, por una especie de experiencia de participación, de comunión, vislumbrar algo de lo que es, de lo que pueda llegar a ser. Si se tratase de un sistema de ideas, de un catecismo o de un libro de teología, la tarea sería ya difícil. Pero como yo quiero conocer el compromiso religioso de mi hermano, y a través de ello su experiencia y sus ideas, cual es su mundo religioso, la tarea supera mis fuerzas. Conviene entonces escuchar las voces innumerables de mis hermanos con su testimonio múltiple, jamás concluido, ampliándose y pro-

fundizándose. No es suficiente conocer uno o dos testigos, es necesario entender los más. Y ¿quién de entre nosotros, católico u ortodoxo, se atrevería a pretender conocer suficientemente al hermano presente y su Iglesia, que pueda creer que ha entrado suficientemente en el misterio del otro y de su fe? No es exagerado decir que un verdadero conocimiento de esta amplitud es casi imposible, que tenemos que aprender sin cesar de nuestros hermanos y que no podemos hablarles sin tener conciencia de ser siempre injustos a su consideración.

Si mi actitud de diálogo es auténtica, la acogida y el conocimiento serán *admirativos*. En primer lugar no busco conocer al otro para criticarle o rechazarle, sino para otorgarle lo que él es, para alegrarme de ello, para admirar. Si una tal actitud es el fundamento mismo del diálogo cristiano, esta actitud debe ejercitarse particularmente en el contacto ecuménico. Mi primer movimiento será de simpatía y acuerdo. Esto tanto más cuanto que el punto de partida mismo del ecumenismo es el reconocimiento en el otro de valores cristianos positivos, excelentes de todos modos, y muchas veces más excelentes y más bellos que en nuestra Iglesia. Es doloroso constatar hasta qué punto los contactos y los intercambios ecuménicos son frecuentemente enfrentamientos defensivos u ofensivos; hasta qué punto, en lugar de escuchar al otro, de aprender de él, se le propone de él mismo una imagen que no puede descubrir sino injusta y caricaturesca. No sabemos ni escuchar, ni aprender, ni acoge, ni admirar. Tene-

mos frecuentemente del otro una imagen ya hecha, y lo que ella nos revela de él, lo utilizamos para confirmarla. Ahora bien, la actitud acogedora y admirativa de la que hablamos, es la sola actitud que nos puede conducir al verdadero conocimiento.

Ciertamente, una tal actitud no es una aceptación ciega ni dimisión de todo sentido crítico. Fiel de una Iglesia que es diferente y separada de la de mi interlocutor, no puedo no referirme a los criterios de fe de esta Iglesia. Me acontecerá poner preguntas, tal vez pronunciar algún rechazo. Pero mi confrontación con el otro no será leal y finalmente creadora y transformadora para los dos, si no se apoya en el amor, que es aprobación y respeto.

Si en el diálogo iniciado de esta manera y conducido en el amor, aporto a mi hermano mi apertura, mi admiración, mi consentimiento y, por esto, le permito abrirse, crecer, a veces rectificar, él también me aporta mucho. Su fe, las puntuaciones que él me da, sus compromisos y sus rechazos, todo esto me revela un aspecto nuevo de la realidad cristiana. Aprendo mucho, descubro las riquezas que ignoraba, conozco el misterio de Dios y de Jesucristo en una nueva luz. Las riquezas de mi hermano, que son las de Cristo, son también las mías y debo alegrarme de ello. Haciéndome pobre de mí mismo, de mis propias perspectivas y compromisos, abriéndome al otro, he sido llenado de su riqueza. El encuentro ha sido para mí una exigencia de más y un cuestionamiento. He debido descender a las raíces mismas de mi fe, poniendo a prueba mi solidaridad; mis falsas certe-

zas se han tal vez derrumbado, y el pequeño mundo de mis opiniones profesionales se ha roto para dar lugar a la verdad de Jesucristo. El diálogo de amor cristiano nos ha acercado a los dos, y en nosotros a las dos comunidades, a aquel que es el Amor y la Verdad.

Si el diálogo, en lugar de ser solamente una palabra de moda, se realiza entre los cristianos en su verdad y en sus exigencias, “creceremos de todas maneras hacia Aquel que es la Cabeza, Cristo” (Ef 4,15) y llegaremos así a la unidad de la fe.

4. *La actitud ecuménica franciscana*

Hasta aquí no he mencionado el nombre de Francisco ni hablado de la dimensión ecuménica de la espiritualidad que viene de él. Se sabe, sobre todo en la época moderna, cómo la figura de Francisco aparece como punto de unión, no solamente de cristianos separados -Francisco es venerado por los ortodoxos y los protestantes-, sino también por todos los hombres religiosos del mundo entero. Si Asís ha llegado a ser un lugar ecuménico por excelencia -por el momento más que Jerusalén o Roma- se debe a la irradiación irénica y fraternal de Francisco.

Lo que se ha dicho del diálogo como fundamento de la actitud y de la espiritualidad ecuménica, ¿se encuentra y cómo en la gestión franciscana? Dicho de otro modo: ¿cómo el espíritu franciscano abre nuestro corazón y nuestro espíritu al encuentro de un her-

mano cristiano miembro de una Iglesia o de una comunidad separada de la Iglesia romana de la cual nosotros formamos parte?

El siglo en el cual vivió Francisco no había todavía conocido el drama de la división de la cristiandad occidental de la Reforma. En cambio, estaba transitado y agitado por muchos movimientos heréticos que se separaban de la Iglesia: Valdenses, Cátaros, contra los cuales la Iglesia luchaba con las armas -la cruzada contra los albigenses- y en todo caso por un esfuerzo misionero combativo, siendo la Orden de Hermanos Predicadores la más dinámica.

Por otro lado, en Oriente, la toma de Constantinopla en 1204 por el ejército francés latino, consumía la lejanía cada vez más grande entre las dos partes de la Iglesia: oriental y occidental, infligiendo al orgullo griego una humillación y una herida no curadas todavía en nuestros días. Como todos sus contemporáneos, Francisco no debió de tener conciencia de este hecho y no se constata de su parte ningún contacto con el mundo ortodoxo.

No se puede hablar en él de una actitud ecuménica consciente; esto sería totalmente anacrónico. Pero si se le mira atentamente, en la línea misma de nuestras reflexiones precedentes, la manera como él trata a cada ser humano, y que él propone como línea de conducta a sus hermanos, constata de qué manera las actitudes que describe alcanzan el corazón del espíritu ecuménico. Para apoyar esta afirmación, voy a citar y comentar brevemente dos pasajes de las Reglas.

Escuchemos el primero (1Reg 11,1-3.8.9): “Que todos los frailes se guarden de calumniar y de contender de palabra; más bien esfuércense en guardar silencio, siempre que Dios les conceda la gracia. Ni litiguen entre sí ni con otros, sino que procuren responder humildemente, diciendo: soy un siervo inútil... No difamen a otros, mas muéstrense apacibles, mostrando toda mansedumbre para con todos los hombres.”

La invitación a mostrarse “afables y llenos de dulzura con todo el mundo”(Tit 3,2), a “no ultrajar a nadie, evitando las querellas y las disputas” (2Tim 2,14.23.24) retoma las recomendaciones de las cartas pastorales. De tal manera han impresionado a Francisco que las repite por tres veces en sus Reglas (1Reg 11,1.2.9; 16,6;2 Reg 3,10.11): cuando se conoce, pues, el lugar que ocupaba la polémica o al menos la “disputatio” que buscaba demostrar al adversario, hereje o musulmán, que estaba en el error (polémica), y yo tenía razón (disputatio), se ve que Francisco defiende la opinión contraria a tales actitudes. En lugar de reducir al adversario al silencio, es él quien se esfuerza en guardar un silencio de escucha, manifestando a sus interlocutores una “perfecta dulzura”, y sometiendo a ellos (en tanto que los Concilios prohibían someterse al servicio de los musulmanes), con tal de confesar su cualidad de cristiano. Delante de un hombre con certezas y convicciones diferentes de las mías, antes que contestarle y proponerle las mías a fuerza de argumentos, me situaré en actitud de disponibilidad, de aco-

gida, de servicio, sin pretensión de detentar lo absoluto de la verdad, en “servidor inútil”. ¿No es ésta la condición previa a todo diálogo, el punto de partida de un verdadero encuentro?

En otro texto (2Reg 3,10.11) describe en términos parecidos el comportamiento que deben tener los hermanos cuando van por el mundo: “No litiguen ni contiendan con palabras, ni juzguen a los otros; sino sean apacibles, pacíficos, moderados, mansos y humildes, hablando a todos cortésmente según conviene”

Lo que se manda aquí, es una actitud interior hecha de benevolencia - querer bien al otro-, de dulzura, que es un aspecto de la humildad. Se esforzarán por ser “mansos” en sus relaciones, practicando con todos la cortesía que convenga. Estas disposiciones positivas excluyen, evidentemente, todo juicio negativo, como las palabras proselitistas o agresivas que serían su consecuencia. Conviene resaltar la insistencia de Francisco en los textos paulinos recordados anteriormente: nada de discusiones, nada de disputas.

Si estas actitudes se imponen en relación con cualquier hombre, ellas se aplican eminentemente a las relaciones entre los hermanos cristianos, que creen en el mismo Señor, bautizados en él y alimentados de sus sacramentos, como es el caso para los ortodoxos y católicos.

No puedo concluir mejor esta contribución que con el recuerdo de un gesto sorprendente que Francisco recomienda a sus hermanos (1 Re 6,4) en el seguimiento de Jesucristo. Sí, nuestra actitud la más fundamental de unos

para con otros debe ser aquella del Señor de rodillas delante de sus discípulos para lavarles los pies...

Cuanto más convencidos estemos de estar en la verdad -¿no es ésta la trágica razón de nuestra división?- más se impone esta actitud. El Señor hace con sus discípulos un servicio de criado, aunque sabe perfectamente “que el Padre lo ha dejado todo en sus manos, y que ha venido de Dios y a Dios vuelve”, y en el momento mismo en que afirma: “Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, lo soy” (Jn

13,3.13). Nuestra afirmación de la verdad tendrá más posibilidad de ser acogida seriamente si se coloca a los pies de nuestros hermanos, si está acompañada, mejor aún, precedida de un humilde amor que no busca vencer, ni dominar, sino servir, dar la vida como el Señor. No, el amor no traiciona la verdad, sino que la sirve, porque aquel que es la suprema Verdad no la ha propuesto de otro modo que lavando los pies a aquellos que ha creado.

[Traducción: P. Ruiz Verdú]